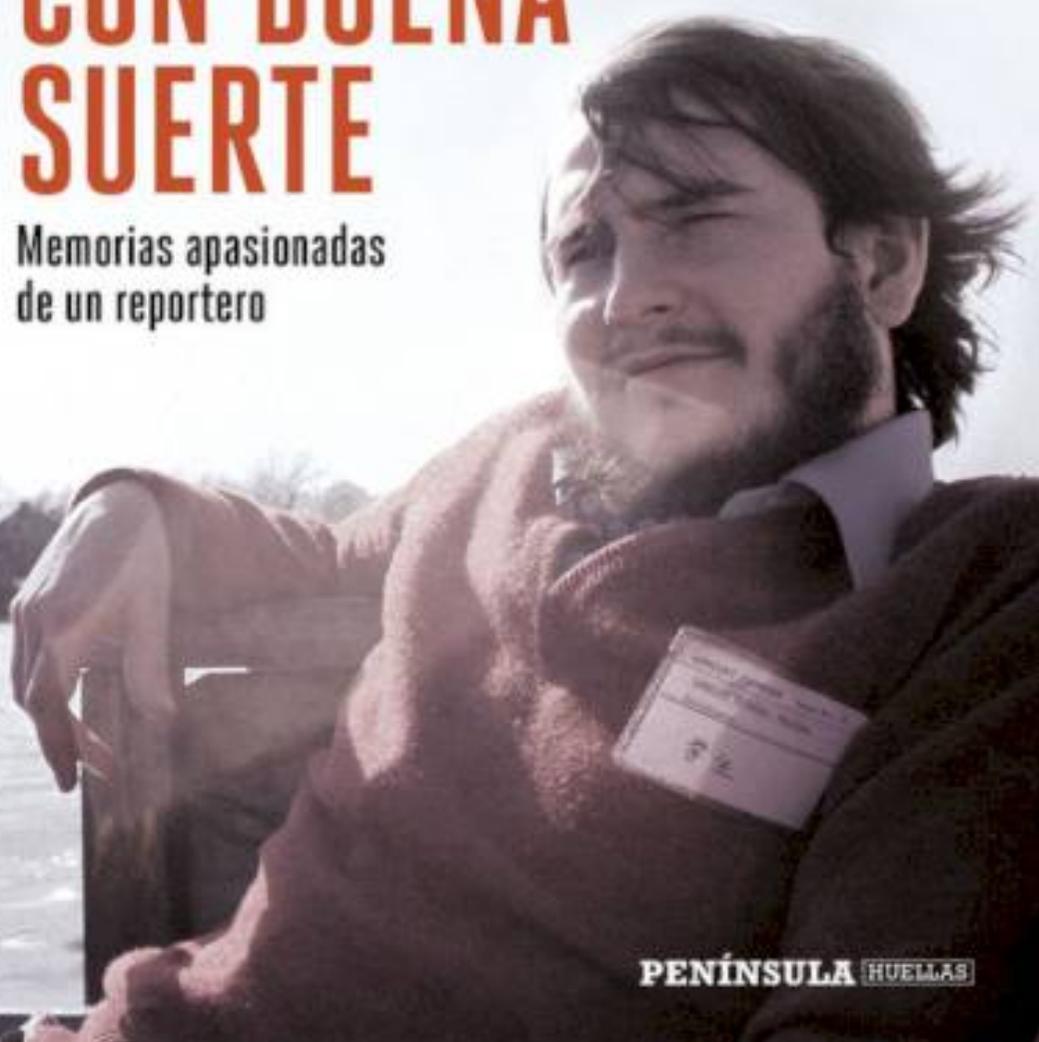


MARIANO GUINDAL

UN HOMBRE CON BUENA SUERTE

Memorias apasionadas
de un reportero



PENÍNSULA **HUELLAS**

Índice

PORTADA

SINOPSIS

PORTADILLA

DEDICATORIA

CITA

PRÓLOGO

LIBRO I

1. EL QUEROL
2. EL ORFANATO
3. LA GENERACION POP

LIBRO II

1. PASAJE A LA INDIA
2. UN TRAJE AZUL ELÉCTRICO
3. OPERACIÓN GLADIO

LIBRO III

1. HOY LA LIBERTAD
2. AMIGOS PARA SIEMPRE
3. GOLPE DE ESTADO
4. CAMBIO GENERACIONAL

LIBRO IV

1. LOS JÓVENES SALVAJES
2. EL MURO
3. EN VANGUARDIA
4. HISTORIA DE LOS NOVENTA
5. MILENIO

LIBRO V

1. CAMINO A LA ANTÁRTIDA
2. HOY ES NAVIDAD
3. LA GRAN CRISIS
4. VOLVER A EMPEZAR

EPÍLOGO

CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Este libro cuenta la historia de un hombre con buena suerte. De un periodista con unos inicios nada fáciles, pero que siempre, incluso en las circunstancias más adversas, se ha sentido afortunado.

Por la memoria de Mariano Guindal desfilan recuerdos de una infancia muy humilde en un barrio de chabolas de la periferia de Madrid en los años cincuenta. También una adolescencia en la que tuvo que combinar estudios y trabajo, más un despertar sexual arduo en aquella España nacionalcatólica. Su juventud la marcaron su aprendizaje como reportero en la agencia Colpisa, bajo la batuta de Manu Leguineche, y los últimos estertores de la dictadura, y su madurez, ya como periodista de prestigio, los acontecimientos de la joven democracia española que le tocó vivir, su mujer Mar y sus tres hijos, con los que ha viajado por todo el mundo.

Mezclando ternura, humor e ingenuidad, Mariano Guindal teje en este libro un potente universo en torno a su profesión y su vida. Historias, anécdotas y conversaciones con personajes de primera línea componen un collage de los últimos sesenta años en el que no faltan los grandes temas universales: la amistad, la verdad, el amor, la enfermedad o la muerte. Y la suerte, claro.

Un hombre con buena suerte

Mariano Guindal

Memorias apasionadas de un reportero

ediciones península

A los que me quieren

«Hay dos formas de ser rico en esta vida: una es teniendo mucho dinero, la otra es tener muchos amigos. Pero no puedes tener ambas.»

Del guion de la película *El caso Heineken* (2015),
dirigida por DANIEL ALFREDSON

PRÓLOGO

CONFIESO QUE HE VIVIDO

Confieso que he vivido y debo reconocer que soy un hombre con buena suerte, tal vez porque he sabido gestionar mi mala suerte. Esto es lo que resume mi vida y lo que me ha llevado a escribir estas memorias, que podrían ser vistas como un reportaje vital de aquellos que nacimos en los años cincuenta y que hemos sido clasificados como la «Generación del 68». Gracias a mi profesión, he sido testigo voluntario de una buena parte de los acontecimientos que han marcado la historia de nuestro país en los últimos cincuenta años. Digo «voluntario» porque yo estaba allí para poder contarlo.

He viajado por todo el mundo gracias al periodismo y a una insaciable curiosidad por saber qué estaba pasando fuera de nuestras fronteras: el Mayo francés; la URSS del gulag y la perestroika; la Revolución Cultural china; la caída del Muro de Berlín; el *apartheid* de Sudáfrica; el Irán de los ayatolás; el turismo sexual de Tailandia; el castrismo cubano; la revolución del Silicon Valley; el Little Rock de Bill Clinton; el Nueva York de las Torres Gemelas; la Primavera Árabe... Un mundo viejo que la revolución digital ha sustituido bruscamente por algo distinto que nos resulta cada vez más difícil comprender.

Han sido años de transición, tanto dentro como fuera de España. Todo pasa tan rápido que nos faltan puntos de referencia, una falta de perspectiva que parece aún mayor para las nuevas generaciones. Nuestros padres vivieron una

guerra civil y trabajaron como mulos para darnos una formación; nosotros nacimos en una dictadura y hemos construido una democracia imperfecta, y nuestros hijos se enfrentan a un nuevo mundo lleno de incertidumbres, pero también preñado de oportunidades.

Quienes no somos de «mejor familia» sabemos bien que no hay generaciones perdidas sino falta de ganas de salir adelante. No nos han regalado nada de lo que tenemos, todo es fruto de un trabajo duro y de una serie de decisiones colectivas e individuales acertadas. ¿Dictaduras? ¡Ni la del proletariado! Nadie de mi generación quiere volver a oír eso de «las dos Españas», no hemos luchado por una sociedad enfrentada y dividida.

Tal vez estas memorias de un reportero, trenzadas con vivencias a pie de calle, sirvan para ilustrar cómo hemos llegado hasta aquí, y nos ayuden a tomar conciencia de que nada ni nadie puede garantizar que lo que hemos conseguido con tanto esfuerzo se mantendrá en el futuro. Los que no hemos tenido nada sabemos que no existen ni los derechos perpetuos ni los paraísos sociales. Nuestro bienestar dependerá de lo que seamos capaces de hacer como individuos y como sociedad.

He intentado educar a mis hijos en la cultura del esfuerzo y de la solidaridad. No me han defraudado: tanto Nicolás como Carlota se están trabajando su «buena suerte». Como a tantos otros tantos jóvenes, no les ha resultado fácil salir adelante en un mundo tan competitivo como el que les ha tocado vivir. Nadie les ha regalado nada. Su tesón y su talento les han permitido hacerse un nombre y ganarse el respeto en su ámbito profesional. Y el pequeño San, «patito feo», por distinto, que nos vino de la fría y lejana Manchuria, hoy es un hermoso cisne negro con unas tremendas ganas de vivir y ser feliz. ¡Qué suerte tenerlo como hijo!

Cuando los médicos te dan una fecha de caducidad, *carpe diem*, aprovecha el momento. Aprende a gestionar tu mala suerte y convertirla en buena. No es fácil, pero es posible. Como decimos los jugadores de mus, lo que el naipe te da el naipe te quita. Y hay que jugar todas las cartas, sobre todo cuando vienen mal dadas.

El secreto de mi buena suerte, a pesar de los infortunios que me ha deparado la vida y el acoso al que me tiene sometido el cáncer desde hace más de una década, es que me siento muy querido. Si algo tengo que agradecer a la fortuna ha sido haber conocido la amistad y el amor con Mar, mi compañera profesional y sentimental desde hace más de treinta años. Hemos amado profundamente el periodismo y hemos forjado un gran proyecto: adoptar a nuestro querido hijo San en un pueblo lejano de la China profunda. El periodismo no nos ha dado ni fama ni fortuna, pero sí muchos y muy buenos amigos.

Soy un hombre hecho a sí mismo, autodidacta. Nací y me crié en una chabola de los arrabales del Madrid pobre de los cincuenta. Huérfano de padre cuando aún no había cumplido los dos años, mi infancia en el barrio de El Querol estuvo marcada por el hambre, la represión y la miseria cultural. Mi madre, llegada del pueblo a servir, fregaba escaleras para poder darnos de comer. A mis hermanas y a mí no nos quedó otro remedio que pasar por el orfanato para no quedar prisioneros de la ley de la calle. Allí nos enseñaron a leer, a escribir y a poco más. Desde el principio he tratado de seguir el consejo de mi abuelo Ignacio, un pastor de ovejas, que a menudo me pareció un hombre justo, honesto e íntegro, y que siempre me decía que debía ser una buena persona porque la bondad es la máxima expresión de la inteligencia.

Ya desde niño quise ser periodista, pero cuando se es pobre uno no elige su destino, y el mío era convertirme en mano de obra barata. Empecé a trabajar en una empresa como botones a los catorce años y peleé por mis sueños

estudiando por la noche. Después de diez años, lo conseguí. Más que un luchador, me considero un superviviente enfrentado al tiempo, ese enemigo implacable que siempre nos gana. Y porque siempre vence, me aplico lo que dice Jep Gambardella, el protagonista del espléndido film de Paolo Sorrentino *La gran belleza* (2013): «El descubrimiento más importante que he hecho después de cumplir sesenta y cinco años es que no puedo perder tiempo haciendo cosas que no quiero hacer».

Por lo demás...

Son estas unas memorias travestidas de libro de viajes por tres poderosas razones, que explican esta circunstancia literaria. Quizá la más importante sea que los viajes, principalmente los que he ido haciendo con mi familia, han sido episodios cruciales de mi vida que han ensanchado y renovado mi mente y ampliado mis conocimientos del mundo, de su diversidad y de su historia. Me han hecho más sabio, en el sentido de prudente, y me han proporcionado una perspectiva impagablemente útil para el desarrollo de mi profesión periodística. Y, sobre todo, han propiciado un mayor conocimiento de mí mismo y me han hecho mejor persona. Como dijo Carlo Goldoni, «el que no sale nunca de su tierra vive lleno de prejuicios».

Cuentan los neurólogos que el viaje mejora la facultad memorística y devuelve a los adultos una perspectiva menos comprimida del tiempo, propia de los niños. En mí, el asombro constante ante lo nuevo y lo diverso no solo ha aumentado la viveza de mis recuerdos sino que ha propiciado otro recorrido, esta vez interior, por los parajes de mi memoria personal. De ahí otra explicación de la apariencia literaria de estas memorias. En su transcurso, los viajes me han predispuesto y animado al recuerdo de pasajes de mi vida. A la vez, han facilitado la narración de mi historia a mis hijos y a mi mujer, gracias a que creaban contextos de espacio y de tiempo que nos acercaban entre nosotros a la vez que nos alejaban de los agobios cotidianos.

Finalmente, era mi aspiración lograr que mi pequeña historia personal sirviese de hilo conductor para una mirada interpretativa de la historia reciente de España, donde he vivido toda mi vida. La narración de algunos de mis viajes en las páginas que siguen me ha permitido ampliar geográficamente esa mirada y abarcar otros mundos. Ambas miradas son subjetivas y limitadas, pero honestas, y espero que resulten tan interesantes como útiles, especialmente para las nuevas generaciones, a las que he tenido particularmente presentes al escribir este libro.

LIBRO I

1

EL QUEROL

Fue verla y darme un vuelco el corazón. Era ella, mi madre. La miraba demudado sin podérmelo creer. Los mismos movimientos, idéntica figura y el familiar vestido color celeste con lirios estampados en raso. Su traje de fiesta.

Doce de la mañana en La Habana. Cielo azul y calor a la salida de misa mayor en los Santos Custodios. Los feligreses se mezclaban con los turistas y todos entraban en un alegre y variopinto torbellino. Allí, en medio del tumulto, estaba mi madre. La había reconocido por la espalda, era ella. ¡No podía ser! Había fallecido hacía tres años, el dos de febrero de aquel 2000 con el que iniciamos el milenio. Se dio la vuelta... ¡Era una vendedora de flores! Habría jurado que...

La mujer desapareció entre la multitud. Las piernas flaqueaban. Mi mujer, Mar, me sujetó. «¿Te encuentras bien?», preguntó. «No. Tengo que sentarme», dije. Miedo a un sofoco del corazón. Nunca había creído en redivivos ni en santos, pero mi mente había creído ver, por unos segundos, una auténtica aparición.

Fuimos a sentarnos en una terraza cercana al mar, en el espigón, al lado del antiguo Almacén del Tabaco y la Madera. A mi espalda el Malecón, al frente las jineteras: alegres, simpáticas. Chicas jóvenes, casi niñas, o mujeres maduras con minifaldas de llamativos colores ganándose la vida.